

Una estrategia de salida de la crisis para la UE

* La zona euro experimentó en el segundo trimestre de este año un ligero crecimiento, después de seis trimestres consecutivos en caída desde que en la segunda mitad de 2011 volviésemos a entrar en recesión como consecuencia de las políticas de ajuste. En este contexto son diversas las voces que comienzan a anunciar –una vez más– que lo peor de la crisis en Europa “ya ha pasado”, y que la luz al final del túnel parece estar próxima. Sin embargo, la recesión y el estancamiento están lejos de superarse tanto en el conjunto de la UEM como, especialmente, en las economías periféricas.

* La razón principal que explica la continuidad de la crisis seis años después de su comienzo radica en la profundidad de los desequilibrios previamente acumulados, pero también en el carácter contraproducente de las medidas adoptadas. Así, la política económica impulsada por Bruselas, especialmente la que la Troika ha impuesto en las economías periféricas, no sólo no ha abordado las causas últimas que condujeron a la crisis económica, sino que han contribuido a reforzar la depresión. Estas instituciones se han encomendado a profundizar la aplicación de aquellas contrarreformas neoliberales –ahora con mucha mayor intensidad– que estaban en parte en el origen de la crisis. La política económica de los gobiernos e instituciones europeas constituye hoy día el principal freno para que la UE salga de la crisis.

* El diagnóstico que los gobiernos y las instituciones comunitarias han hecho de la crisis es profundamente erróneo (e interesado): no ha sido el aumento del gasto público y de los salarios lo que ha llevado a los países periféricos a necesitar “rescates” financieros. Por el contrario, las causas de la crisis –más allá de la implosión financiera– deben buscarse en la conformación de un modelo de crecimiento insostenible en la UE: la política neomercantilista de Alemania y los países del centro –caracterizada por una intensa congelación de los salarios nominales– determinó fuertes superávits comerciales intracomunitarios reciclados en buena medida en forma de préstamos a los países periféricos, que –gracias a dichas entradas de capital externo– experimentaron ritmos de crecimiento superiores. Este crecimiento estuvo impulsado –como ya es sabido– por una intensa dinámica crediticia e inmobiliaria, crecientes desequilibrios por cuenta corriente y un fuerte endeudamiento del sector privado.

*De este modo, la expansión masiva del crédito y la *financiarización* de la actividad económica; la desigualdad en la distribución de la renta y la insuficiencia de demanda en los países centrales; y la introducción del euro en un contexto de importantes asimetrías productivas y comerciales, constituyen los principales factores a la hora de explicar la profundidad y la forma particular que ha tomado la crisis en la zona euro. Estas particularidades permiten entender por qué en la UE la crisis económica se ha transformado en la crisis del Euro.

* La política económica impuesta por la Troika a los países periféricos, bajo la presión del FMI y del gobierno alemán, no ha atendido en ningún caso a las verdaderas causas de la crisis. Estas políticas se han centrado en cuatro prioridades. En primer lugar, en la necesidad de que la deuda sea restituida a las instituciones financieras acreedoras, fundamentalmente centroeuropeas, evitando así pérdidas para éstas a costa de que el sector público griego, irlandés, español o portugués cargasen en buena medida con el coste de tales operaciones, arbitrándose para ello los “rescates” financieros de la UE a estos Estados. De este modo, y a pesar de lo que la prensa alemana señala

habitualmente, los contribuyentes germanos no han “rescatado” a los indolentes trabajadores mediterráneos, sino a sus propias entidades financieras. En segundo lugar, y dado el fuerte aumento de la deuda pública asociado a la crisis y a los rescates financieros, las políticas de recortes fiscales se han presentado como una necesidad insoslayable, exigiéndose a cambio de los “rescates”: recortes en el empleo público, en los salarios de los empleados, en las pensiones y los servicios sociales se han generalizado. En tercer lugar, y bajo la pretensión de que el sector exportador liderase la recuperación, la Troika ha impuesto igualmente reformas que erosionasen la capacidad contractual de las organizaciones sindicales y liquidasen la negociación colectiva, de forma que las reducciones salariales en el sector privado permitieran una mejora en la competitividad externa. Por último, el BCE ha acometido una inmensa inyección de liquidez en los mercados financieros con la intención de sostener el crédito a las entidades financieras y, con ello, facilitar la canalización de éste a empresas y hogares.

*Estas medidas no sólo no han conseguido atajar las causas de la crisis, sino que han profundizado –como se ha comprobado a lo largo de estos dos últimos años– la recesión. Los planes de rescate de la Troika están permitiendo que las entidades financieras centroeuropeas reduzcan su exposición al “riesgo periférico”, pero no han reducido el endeudamiento global de Grecia, Portugal, Irlanda o España (de hecho, han contribuido en general a aumentar la deuda pública sin reducir apenas el apalancamiento del sector privado). Así, el sobreendeudamiento del sector privado sigue pesando como una losa sobre hogares y empresas, limitando el consumo privado y la inversión. Los recortes fiscales no han propiciado la anunciada reducción de los déficits públicos, en la medida en que el multiplicador fiscal determina que reducciones del gasto público impacten negativamente en el crecimiento, derivándose de ello una menor recaudación fiscal así como nuevos gastos (desempleo, ayudas sociales...). Las políticas de recortes salariales en el sector privado han reducido notablemente los costes laborales unitarios en los países periféricos; sin embargo, esta política de devaluación interna ha sido incapaz de garantizar una mejora de las exportaciones capaz de compensar el efecto recesivo que genera sobre el consumo privado, la inversión y la demanda interna. Además, cuanto las políticas de devaluación interna se aplican de forma simultánea por el conjunto de los socios comerciales, como es el caso, los efectos depresivos se amplifican, en la medida en que el crecimiento de las exportaciones se ve limitado por la política de los vecinos. Por último, la inyección masiva de liquidez del BCE en los mercados financieros no ha impedido que el crédito al sector privado siga reduciéndose: por llevarse a cabo en un contexto de “trampa de liquidez”, el aumento de dinero en circulación no ha tenido efectos sobre los niveles de producción, ni la reducción de tipos ha animado la inversión empresarial.

*A pesar de ello la orientación se mantiene, puesto que las élites económicas están aprovechando la oportunidad para implementar su agenda: dismantelar las resistencias sindicales, privatizar los servicios públicos y modificar de manera sustancial las relaciones de poder.

*Si actualmente experimentamos en Europa una disminución del hundimiento económico no es debido a que empezamos a acercarnos a la “salida del túnel” como consecuencia de las políticas aplicadas. Esta ligera mejora se debe precisamente al leve relajamiento que las medidas de austeridad han experimentado en las principales economías de la zona euro –Alemania y Francia– a lo largo de los últimos meses. Conviene no olvidar, no obstante que en la zona euro sigue habiendo más de 19

millones de trabajadores desempleados y que, de seguir así la tendencia, asistiremos a una “década perdida” similar a la de América Latina o Japón.

* Resulta por tanto imprescindible propiciar un giro radical en la política económica europea que facilite una salida a la crisis en beneficio de la mayoría social. La base de una estrategia continental de salida de la crisis tiene que fundamentarse en una intensa redistribución de la renta y en un reparto de la riqueza y el trabajo, que atienda al principal problema que en este momento tienen las economías europeas: el desempleo.

*Una política de reducción generalizada de la jornada laboral permitiría hacer frente al desaffo del desempleo con tasas de crecimiento compatibles con los equilibrios macroeconómicos –por ejemplo, el de balanza de pagos– y también con la sostenibilidad ecológica. Teniendo en cuenta que en las décadas anteriores se ha producido un deterioro del peso de los salarios en el PIB que es necesario contrarrestar, deberían acordarse además incrementos en los salarios reales superiores al crecimiento de la productividad. De hecho, el crecimiento salarial debe coordinarse a nivel comunitario, facilitándose incrementos más intensos en las economías del centro para contribuir así a limitar los desequilibrios de balanza de pagos. Esta política debería permitir alcanzar una estrategia de “recuperación liderada por los salarios”, que tendría ser reforzada por el abandono de las políticas de austeridad y por una fuerte expansión de los servicios públicos y del gasto social. La financiación de tales políticas debiera producirse fundamentalmente con cargo a una intensa reforma fiscal –que grave más a quien más tiene– coordinada a nivel europeo.

*Simultáneamente, una estrategia de estas características debería integrar igualmente mecanismos de financiación de la deuda pública al alcance de cualquier país soberano (como la monetización vía banco central), instrumentos de mutualización de dicha deuda a nivel europeo (los famosos “eurobonos”) y, particularmente, importantes quitas sobre las deudas contraídas por el sector privado –similares a las que se pusieron en marcha en EE.UU. durante la década de 1930–. Por último, el crédito –como la sanidad o la educación– tiene tal importancia para nuestras sociedades que no debiera ser una mercancía privada: es necesario que la existencia de una banca pública ponga las finanzas al servicio de las necesidades sociales y productivas.

*Hoy por hoy, sin embargo, el marco institucional del Euro y el diseño de la Unión Económica y Monetaria –dirigida por instituciones no elegidas por los ciudadanos y en torno a una lógica de acuerdos intergubernamentales– asfixia cualquier intento por construir una estrategia alternativa como la aquí propuesta. La cesión de soberanía nacional a Bruselas ha terminado dando lugar a una cesión de soberanía democrática. Por ello, para aplicar estas medidas –las necesarias para que la salida de la crisis se haga en beneficio de la mayoría– es precisa una refundación integral del proyecto europeo que democratice sus instituciones y garantice la solidaridad interterritorial. De lo contrario, los gobiernos y países que, en caso de producirse vuelcos electorales, quieran apostar por aplicar reformas que garanticen verdaderamente el progreso social y la defensa de los derechos adquiridos, no tendrán otra vía que la ruptura con la UE y la salida del euro.